



Queridos lectores:

En más de una ocasión he confesado que, desde niña me han atraído la palabra, la magia y los espejos. Las dos primeras influida, seguramente, por las historias de brujas (buenas y malas), de fantasmas y otros misterios que me contaba mi abuela al anochecer, momento muy propicio para que yo me lo creyera todo a pies juntillas, y por aquellos espectáculos de magia a los que asistía siempre que tenía ocasión, y en las que el mago de turno, a veces tocado con un turbante, otras con una negra chistera, diciendo unas palabras ininteligibles y haciendo unos extraños movimientos con sus manos o su varita, hacía desaparecer a una muchacha, de un baúl cerrado con cadenas.

Los espejos, después de que leí a «Alicia», niña, que en aquel momento me pareció algo tonta, y a la que envidié por haber podido pasar a través de ellos y contarnos todas las maravillas que vivió en «ese otro lado».

De ahí que no me conformara sólo con leer todas las historias de magia y misterio que caían en mis manos (cosa que continuó haciendo) sino que me propusiera «fabricar» mi propio mundo mágico a través de la palabra escrita y, misteriosamente —como tiene que ser—, apareció una hechicera que no sólo atraviesa espejos, sino que tiene la sabiduría que le brindan todos los elementos de la naturaleza y cuyo secreto ni yo misma he podido descubrir.

Por eso me gustaría que ustedes ayudaran a los protagonistas y a mí a desvelar qué se esconde detrás de esa enigmática mujer y si no, al menos, que se embarquen como yo lo hice en este viaje fantástico que es la lectura.

Un cariñoso saludo

